

Mi padre era un hombre singular y único en su género: era un judío orgulloso, israelí fanático, sionista ardiente, beitarista en todo su ser, hombre de letras – enciclopedia andante, educador, ideólogo que no se dejó influenciar por vientos laterales, y un gran terco, pero en primer lugar era un hombre de buen corazón que no perdía oportunidad alguna para ayudar al prójimo.

Nació con un grave problema de visión pero para ciertas cosas veía más allá que la mayoría de gente que conozco. Toda su vida fue lector obsesivo, y aparentemente gracias a su problema ocular, desarrolló una memoria maravillosa. Escribió cientos de artículos, cerca de quince libros, y publicó una cantidad importante de revistas, una de los cuales, la Revista Oriente y Occidente, fue publicada fervorosamente cada trimestre durante 38 años.

En mi opinión, él rompió el récord de Guinness en ese tema, ya que era tanto el autor principal como el editor, corrector de pruebas, remitente, distribuidor, recaudador de pagos y financista. Tenía abonados en Israel y en todo el mundo pero ese negocio estaba lejos de ser rentable, y él hacía todo con sensación de misión y empapado en su meta. El dinero o la rentabilidad nunca le interesaron.

Sus problemas de visión no le molestaban y conoció medio mundo en sus viajes de trabajo a comunidades judías alejadas y también en sus considerables viajes de placer.

Llegó a Israel por primera vez desde Chile en 1951, y a pesar que durante toda su vida sus orígenes le sirvieron de inspiración para su investigación y escritura, él no fue el típico sudamericano.

En primer lugar, algo muy poco característico de los sudamericanos, siempre llegaba a tiempo, incluso antes de tiempo, y si había quedado conmigo para las 17:00 horas, digamos, ya a las 16:00 horas me llamaba para verificar dónde me encontraba y a las 16:30 se irritaba porque yo todavía no había llegado. También en cuestión de alimentos no era un sudamericano típico: es uno de los pocos sudamericanos que conozco que era vegetariano.

Pero a pesar de estar en Israel hacía ya 60 años, su dejo y su manera de hablar eran aún sudamericanos. Para el pijama era piyama, shakshuka era chakchuka y el minibús se llamaba trombila.

Tenía un sentido del humor especial y nos divertía cada vez de nuevo con sus aforismos mordaces acerca de política, particularmente aquellos sobre los de izquierda.

Hace unos meses, antes de descubrirle el cáncer, conversó conmigo sobre su muerte. Habló con indiferencia y me dio las instrucciones de qué hacer con sus libros tras su muerte. Luego me dijo que le gustaría que yo publique avisos de defunción en tres periódicos distintos porque muchas veces le sucedió que personas que él conocía fallecieron y él no se enteró de ello. Le pregunté si le

era importante en qué periódicos, y me dijo que no. “Sólo no en HaAretz, son de izquierda”.

El sionismo, el amor a Israel y el legado judío eran parte integral de su vida. Cuando viajaba fuera de Israel, siempre me decía antes de partir: “Cuida la patria hasta mi regreso”. Recuerdo que durante la época de la separación de Gaza llevaba puestos dos brazaletes anaranjados. Una vez le pregunté: “Papá, por qué dos”. Él me contestó: “Porque estoy totalmente en contra”. Obviamente era muy difícil discutir con él de política, no sólo porque era un gran terco, sino porque sus conocimientos y su memoria de datos y acontecimientos históricos derrotaban a cualquier argumento que yo plateaba.

Compraba sólo productos israelíes y únicamente cuando no tenía más remedio compraba productos extranjeros, pero había algo que no estaba dispuesto a comprar de ninguna manera – productos de Alemania.

En uno de sus vuelos a Sudamérica en las postrimerías de los años '70, el avión sufrió una avería y tuvo que aterrizar en Munich. Todos los pasajeros desembarcaron para pasar la noche en un hotel hasta que el avión fuera reparado, excepto mi padre, que no aceptó de ningún modo bajar y pisar el suelo alemán. De nada sirvieron las exhortaciones del piloto, el copiloto y la tripulación, quienes intentaron convencerlo. Recibieron como respuesta una charla sobre la historia de los crímenes de los nazis, y finalmente se vieron forzados a dejar con él a dos miembros de la tripulación durante la noche ¡pero él no bajó! ¿Ya mencionamos que era terco?

Uno de mis recuerdos más tempranos es de cuando vivíamos en Rishon LeZion. Mi padre siempre trabajaba mucho, desde temprano en la mañana hasta tarde en la noche, y de hecho yo lo veía sólo durante los fines de semana. Cada mañana muy temprano entraba a mi habitación y se ponía los *tefilin* (filacterias), luego cantaba el rezo *Adón Olam* y después el himno de Beitar. Tras despojarse del *talit* (taled) y los *tefilin* y de dejarme una moneda de 25 centavos sobre la cómoda al lado de mi cama (en esa época podía comprar con eso un chocolate y un helado), me despertaba con un beso y me susurraba: “Las personas industriosas se levantan temprano”.

Una de las cosas que mi padre no conocía ni tampoco le interesaba era el dinero y los negocios, pero aún así me enseñó tres principios importantes que me guían día a día:

1. Siempre cumple tu palabra – incluso si no te es cómodo
2. Siempre paga tus deudas a tiempo
3. Levántate temprano y alcanzarás a hacer mucho.

Tenía otra mantra más que esencialmente resumía una parte considerable de su perspectiva, la cual adopté hace mucho tiempo: “Yo colecciono amigos y vivencias”, me decía siempre. Y cuando veo qué amigos tan espectaculares y leales tiene, y conociendo el hecho que no perdía oportunidad alguna para agregar una nueva vivencia, estoy convencido que recibí de él un regalo enorme.

Papá era un hombre valiente, y se enfrentó a todo con valor durante su vida entera. Luego de contarme acerca del tumor en su páncreas, los médicos me consultaron respecto a contarle a él. Les dije inequívocamente: “Mi padre siempre quiere oír la verdad, sin chamullar”. Cuando le conté del tumor y del pronóstico de que el evento ocurriría muy rápido, quedó callado por un momento y luego dijo: “Si eso es lo que Dios quiere – lo acepto con amor”. No le temía a la muerte, desde su punto de vista era la continuación natural de la vida y él siempre aspiro a avanzar hacia adelante.

Durante una de nuestras últimas conversaciones, cuando él estaba hospitalizado y yo estaba sentado al lado de su cama, me dijo repentinamente: “Sabes, Jabotinsky (era experto en los escritos de Jabotinsky) escribió una vez que valdría la pena que cada persona conozca a su abuelo, pero que es muy importante que cada persona conozca a su nieto. Yo tuve la suerte de conocer a mis nietas y dejo este mundo feliz y orgulloso”.

Papá, yo tuve la suerte de ser tu hijo y de despedirme de ti en forma ordenada. Siempre permanecerás firmemente en mi corazón y en todo lo que haga, tendré cuidado de continuar educando a las niñas según los valores que me inculcaste – gracias por todo lo que hiciste por mí.

Soy tuyo para siempre,

Yaakov